

es maestros; por Boleslas, á causa del disgusto que tuvo cuando la muerte de su primer hijo; por mí, porque tengo la delicada misión de dirigir á una joven. Es más que una excelente persona: es una mujer verdaderamente superior.

Había pronunciado estas palabras hipócritas con una tranquilidad tan completa, que Dorsenne quedó confuso y al mismo tiempo cortado. Estaba el novelista seguro de que Hafner no creía una palabra de lo que decía, por saber á qué atenerse sobre las costumbres de la veneciana, y conocía el golpe de vista del Barón. En otra circunstancia hubiera admirado la diplomacia de aquel hombre de experiencia, tan diestro en el recurso de la más timorata circunspección. Pero en aquel momento el escritor juzgó aquella reserva tanto más pueril cuanto le hacía jugar un papel bastante bajo y poco galante: el de un calumniador que deshonor á la mujer en cuya casa ha comido dos días antes. Apresuró, pues, el paso tanto como la cortesía se lo permitía, á fin de no permanecer más tiempo solo con el barón, y también para reunirse con las personas de su partida que ya habían llegado. Salieron de la primera sala para entrar en la segunda, llamada de las «porcelanas,» y después en una tercera, «de los frescos de Perin del Vaga,» á causa del cielo raso donde aquel maestro ha pintado su «Júpiter fulminando rayos sobre los gigantes,» y, en fin, en una cuarta, llamada «de los Arazzi,» á causa de las maravillosas tablas de que está decorada. Raros espectadores se paseaban por allí, pues la estación estaba un poco avanzada, y esta época, buscada de intento por Ancona, atestiguaba el cálculo de un odio profundo ó la astucia del sindicato de revendedores. Todas las

magnificencias del palacio iban á ser adjudicadas por la mitad del valor que hubieran tenido algunos meses antes ó después. El pequeño número de curiosos hacía resaltar por contraste la profusión de muebles, de telas, de objetos de arte de toda clase que llenaban las vastas piezas. Era un asombroso resto de quinientos años de poder y de lujo, donde las obras maestras dignas de los grandes Médicis, y ejecutadas en su tiempo, alternaban con las fruslerías del siglo XVIII, y los bronceos del primer Imperio, con los bibelots de plata encargados á Londres el día antes. El Barón Justus no había podido contenerse, y colocando al fin sobre su nariz el famoso lente, interpelaba á Dorsenne para mostrarle un sillón curioso, el cincelado de un marco, el bordado de una tela. Una ojeada le bastaba para formar un juicio exacto de cada uno de aquellos objetos. Si el novelista hubiese tenido el ánimo en disposición de observar, tal vez habría notado también el conocimiento minucioso que el banquero tenía del catálogo, y que indicaba un estudio demasiado profundo para no estar mezclado con algún proyecto misterioso.

—Aquí hay un tesoro—decía.— Repare usted en esos dos *potiches*, con su tapadera corva y ese fondo de naranja adornado de oro. Dos piezas que no se hacen más que en China. ¡Y ese confidente en viejo Saxe decorado de flores! ¡Y esa capa pluvial en aquella vitrina! ¡Qué maravilla! ¡Vale tanto como la de Pío II, que está en Pienza y que se había robado! Poco me faltó para comprarla en aquella época en 1,500 pesetas. Y vale 15,000 ó 20,000, cuanto se quiera. Mire usted ahora la loza hispanomorisca. Habrá sido traída de España cuando el cardenal Castagna. ¡Ah! ¡Cuántas rique-

zas! Pero va usted tan de prisa como el viento—añadió—y tal vez es lo mejor, porque yo me detendría, y el caballero Fossatti, el contratista á quien estos terribles acreedores de Pepino han confiado la venta, tiene espías para todas partes. Mira usted un objeto, es usted conocido por *solider Mann*, como dicen los alemanes, y se toma nota de usted. Yo debo estar en su lista. Me



dejo arrastrar por él..... Es un hombre muy fino..... Pero espere usted..... Veo á esas señoras..... Hemos debido pensar que estaban allí.....

Y mientras sonreía..... (¿de quién, de Fossati, de sí mismo, ó de su compañero?), hizo leer á este último un cartel colocado á la puerta de entrada de una habitación, y que decía: «Salón de las arcas de matrimonios.» Allí, en efecto, colocadas en hilera á lo largo de las pa-

redes, había unas quince de esas cajas de madera pintada y esculpida, de esos *cassoni*, donde fué moda de otro tiempo, entre las grandes familias italianas, encerrar las ropas destinadas á los nuevos esposos. Los de la familia Castagna atestiguaban por sus escudos qué alianzas comprometía el último de los sobrinos de Urbano VII, actual Príncipe de Ardea, en el derrumbamiento de su fortuna hereditaria. Tres mujeres jóvenes, muy elegantes, estaban ocupadas en examínarlas. Dorsenne reconoció entre ellas, al momento, á la rubia y delgada Alba Steno, á la señora de Gorka, con su elevada estatura, su cabellera rubia también y su enérgico perfil de inglesa, y á la linda señora Maitland, con su tez como dorada, que parecía no haber tomado de la sangre negra más que lo justo para obscurecer su fino rostro. Florent Chaprón, el cuñado del pintor, era el único hombre que acompañaba á las tres señoras. La Condesa Steno y Lincoln Maitland estaban ausentes. Oíase la voz melodiosa de Alba que deletreaba los blasones esculpidos sobre las arcas, en otra época abiertas con estremecimientos de tierna curiosidad para las jóvenes soñadoras como ella.

—Mira, Maud—decía á la señora Gorka.—He aquí el roble de los Della Rovere..... y las estrellas de los Altieri.

—Yo he encontrado la columna de los Colonna—respondió Maud Gorka.

—¿Y usted, Lidia?—preguntaba la señorita Steno á la de Maitland.

—Yo, las abejas de los Barberini.

—Y yo las lises de los Farnesios—dijo á su vez Flo-

rent Chaprón, que, habiéndose levantado el primero, vió á los que llegaban.

Saludóles alegremente, con su peculiar sonrisa que parecía iluminar hasta el azulado reflejo del blanco de sus ojos, y con la que dejaba al descubierto sus sanos dientes.—No les esperábamos á ustedes, señores—dijo.—Todo el mundo ha faltado á nuestra cita. Lincoln está trabajando, y no ha querido abandonar su taller. Parece que la señorita Hafner excusóse ayer con estas señoras. La Condesa Steno tiene jaqueca. No contábamos ya con el Barón, que tiene fama de no haber llegado nunca cinco minutos después de la hora señalada.

—Yo estaba segura de que Dorsenne no faltaría—dijo Alba mirando al joven con sus pupilas de un azul tan claro como sombrías eran las de la señora Gorka.—Solamente que esperaba encontrarle en la escalera al irnos, y que nos diría con asombro: ¿Cómo? ¿No soy exacto?—Y añadió:—No se excuse usted, y responda al examen de historia romana que vamos á hacerle sufrir. Es un verdadero curso el que acabamos de seguir aquí. ¿Cuáles son las armas de esta familia?—insistió invitando al joven á inclinarse sobre una de las arcas.—¿No lo sabe usted? La familia de los Caraffas, señor hombre célebre. ¿Y qué Papa han tenido? ¿Tampoco lo sabe usted? Paulo IV, señor escritor. Si fuese usted á vernos á Venecia, yo le asombraría con mi erudición sobre los Duxes.

Había pronunciado aquellas frases con gracia tan afectuosa; se conocía tan bien que estaba en una de sus horas de infantil alegría—¡horas muy raras!—que Dor-

senne, preocupado como estaba por su causa, sintió el corazón conmovido.

La extraña falta de la señora Steno y de Lincoln Maitland podía no ser más que casual. Pero estando el joven persuadido de que la Condesa amaba á Lincoln, y no dudando que fuese la querida de éste, la doble ausencia singularmente le parecía sospechosa. Esta idea había bastado para que la inocente alegría de la joven le causase daño. Aquella alegría resultaba trágica si era verdad que el otro amante de la Condesa había regresado de improviso, advertido por alguna denuncia de lo que pasaba. Dorsenne experimentó una verdadera emoción al preguntar á la señora Gorka:

—¿Qué tal está Boleslas?

—Creo que bien—dijo la joven.—Hoy no he recibido carta suya. Y como usted dice: cuando faltan noticias, buena señal.

El barón Hafner estaba al lado de Maud Gorka cuando la joven pronunció esta frase. Involuntariamente Dorsenne le miró, é involuntariamente también, por dueño de sí que el otro fuese, miró á Dorsenne. No se trataba esta vez de una simple hipótesis. Que Gorka hubiese vuelto á Roma sin saberlo su mujer, constituía para cualquiera que supiese sus relaciones con la señora Steno y la infidelidad de esta última, un suceso de gran importancia y de terribles consecuencias para que los dos hombres no tuvieran el mismo pensamiento.

¿Sería aún tiempo de impedir una desgracia? Pero cada uno debía en aquella circunstancia, como acontece en las más importantes crisis de la vida, mostrar el fondo de su carácter. Ni un solo músculo del rostro de Hafner se contrajo. Trataba quizás de prestar un

servicio capital á una mujer en peligro, por la que él sentía toda la amistad de que era capaz. Aquella mujer era la clavija maestra, digámoslo así, de su situación social en Roma. Era más aún: todo un proyecto de matrimonio para Fanny, si secreto todavía, á punto de terminar, descansaba en la señora Steno. Pero él se encontraba con que no podía prestar aquel servicio más que después de haber pasado media hora en las salas del palacio Castagna, y procuró emplearla de la manera más provechosa posible. Volvióse á la señora Gorka, y la dijo con aquella finura acentuada que le era habitual:

—Condesa, si me permite usted que le dé un consejo, no se detenga usted ante esas arcas, por interesantes que le parezcan. En primer lugar, como acabo de manifestar á Dorsenne, el caballero Fossati tiene policía por todas partes. La permanencia de ustedes cuatro es ya notada, estén seguras de ello; de modo que si demuestran ustedes mucha admiración por una de estas arcas, él lo sabrá y procurará que paguen el doble ó el triple de su valor.

Además, tenemos que admirar otras riquezas, principalmente unos dibujos, verdaderas obras maestras que Ardea no sospechaba poseer, y que Fossati ha descubierto, ¿lo creerán ustedes? comidos ya por los gusanos en un armario de uno de los desvanes.

—Eso interesará mucho á la colección de usted—dijo Florent—y á la de mi cuñado.

—Vamos—respondió la señora Gorka con su buen humor de costumbre,—hay por lo menos dos arcas que me entusiasman y que deseo tener. Lo he dicho tan alto que es de suponer que el caballero Fossati lo sepa,

si verdaderamente emplea ese lindo destino de espionaje.—Pero cuarenta ó cincuenta libras más no valen la pena de mentir, ni aun cuarenta mil.

—Hafner te dirá que ese tono no es todavía demasiado bajo—dijo Alba Steno riendo—y añadirá su célebre frase: Usted no será nunca diplomática.—Y después de haber pasado ante la silenciosa Lady Maitland, la joven se volvió hacia Dorsenne, deteniéndose para quedar detrás con él, á quien dijo:—Acabo de ser un poco diplomática, á fin de saber si tiene usted algún disgusto.—Y su movable rostro había cambiado de expresión para mirar á Julián con verdadera ansiedad.—Sí—añadió,—nunca le he visto á usted tan preocupado como esta mañana. ¿Es que no se encuentra usted bien? ¿Ha recibido usted alguna mala noticia de París? En fin, ¿qué tiene usted?

—¡Yo, preocupado!—respondió Dorsenne.—Se engaña usted. No tengo absolutamente nada.

Imposible era mentir con más evidente torpeza; y si alguien merecía la burla y el menosprecio del Barón Hafner, era él seguramente. Apenas había hablado la señora Gorka, había él, con la rapidez de los hombres de imaginación, visto á la Condesa Steno y á Maitland sorprendidos por Gorka en alguna cita, y como resultado de la sorpresa, una provocación, una muerte quizá. Y como Alba continuara riendo, su emoción al pensar por la triste suerte de la niña, era tan fuerte que su rostro estaba en efecto demudado. Su esfuerzo por ocultar esta emoción dió un tono tan seco á su voz, que la joven dijo:

—¿Le he molestado á usted con mis preguntas?

—De ningún modo—respondió, sin poder encontrar una palabra cariñosa.

Sentíase en aquel instante incapaz de sostener una conversación de las que frecuentemente tenía con ella, en aquel tono de una intimidad entre burlona y sentimental. Añadió:

—Encuentro solamente que esta exposición es un poco melancólica. He aquí todo. Pero no perdamos la ocasión de verla, dirigidos por este incomparable *cicerone*. Y apresurando el paso, hizo que la joven se reuniese al grupo dirigido por Hafner entre la magnificencia de aquel sitio casi desierto. Continuó el paseo, oyéndose la voz del Barón comentando el decorado que el comisario tasador había puesto en todas las cosas, y las claras voces de las señoras y de los hombres que le interrogaban.

—Vean ustedes—decía el antiguo cambalachero de Berlín y de París,—vean ustedes cómo ese charlatán de Fossati ha tenido cuidado de no multiplicar los bibelots ahora que estamos en los salones de recepción. Esos sillones parecen esperar á los convidados. Se les ha dibujado en una revista de artes decorativas de París. Y aquel comedor con su vajilla de plata sobre la mesa, ¿no se creería preparado para una fiesta?

—Barón—preguntaba la señora Gorka,—mire usted, esta tela es del siglo XVIII, ¿no es verdad?

—Barón—preguntaba la señora Maitland,—esta taza con tapadera ¿es del viejo Vienne ó de Capodimonte?

—Barón, ¿esta coraza es trabajo florentino ó milanés?

Y el antejo se movía sobre la puntiaguda y firme nariz del Barón, entornábanse sus ojos, plegábanse sus labios y respondía tan bien que parecía que hubiese

estudiado el catálogo en sus menores detalles. Dábanle los otros las gracias, y pronto volvían á sus preguntas, con excepción de Alba Steno y Dorsenne, que no le dirigían ninguna. En otras circunstancias, el último hubiera procurado distraer la tristeza de la joven, que nada decía desde que él había disipado su amigable inquietud. En el fondo no daba á aquello gran importancia. Aquellas transiciones de una alegría excesiva á un repentino abatimiento eran habituales en la Condesita, sobre todo cuando se hallaba cerca de él. Aunque fuese indicio de un sentimiento vivo, Dorsenne lo atribuía á desequilibrio nervioso, y por otra parte, en aquel instante estaba muy absorto en sus pensamientos. Se preguntaba si después de la manera como había hablado la señora Gorka, no sería prudente hacer conocer á Lincoln Maitland el regreso clandestino de su rival. Tal vez el drama no se había efectuado aún, y si las dos personas más interesadas en él sabían á qué atenerse..... Sin duda que Hafner advertiría á la Condesa. ¿Pero cuándo? Dorsenne en cambio podría en seguida anunciar la entrada de Gorka en escena á Floret Chaprón, al que en aquel momento miraba pasear entre todos los objetos de la exposición su torva mirada de esclavo. Aquel paso hubiera sido para otro una enormidad. Pero el novelista era presa de esa ansiedad que produce la idea de que los momentos están contados, ansiedad que hace perder toda sangre fría á las personas nerviosas, mucho más aún á los escritores, habituados por su oficio á no distinguir nunca lo posible de lo real. Por otra parte, las relaciones de Florent Chaprón y de Lincoln Maitland, eran de una naturaleza muy especial, y habían interesado excesivamente al no-

velista para que en aquél momento de extrema angustia no tuviera en cuenta sus anteriores observaciones. Sabía que Florent, enviado muy joven á los jesuitas de Beaumont, en Inglaterra, por un padre cuidadoso de evitarle las humillaciones que su sangre le reservaba en América, había experimentado por Lincoln, educado también en aquel sitio, una exaltada amistad. Sabía que la amistad por su camarada de colegio habíase convertido en un entusiasmo exagerado por el artista, cuando el talento de su antiguo compañero había empezado á revelarse. No ignoraba que el matrimonio que había puesto la fortuna de Lidia al servicio del pintor, había sido obra de este entusiasmo, en un tiempo en que Maitland, arruinado por la mala administración de su madre y todavía poco apreciado por el público para vivir de su pincel, había llegado á la desesperación. El carácter excepcional de este matrimonio hubiera asombrado á un hombre menos estudioso de las singularidades morales que Dorsenne. Este había advertido demasiado el silencio y el aspecto de aquella hermana para no considerarla como una víctima. Pensaba que el culto por la gloria de su cuñado, cegaba á Florent hasta el punto de ser el que representaba el principal papel en el sacrificio.

—Drama por drama—se decía en el momento en que el fin de la visita se aproximaba, y tras un largo combate interior.—Vale más que haya entrado en esta familia que en la otra. Yo me reprocharía siempre no haberlo intentado todo.

Estaban en la última sala, y el Barón Hafner acababa de atar con sus ágiles y largos dedos los cordones de un álbum de dibujos llevado por uno de los empleados,

cuando la dicha resolución se apoderó del joven de una manera definitiva. Alba Steno, que continuaba en silencio, le miraba de nuevo con ojos que revelaban la lucha sostenida entre su interés por él y su orgullo ofendido. Como iban á separarse, quería sin duda preguntarle, siguiendo su íntima y encantadora costumbre, cuándo se volverían á ver. No se fijó el joven en esto, como tampoco en las miradas del Barón, que le indicaban fuera muy prudente, ni en el espionaje de la señora Gorka, que, habiendo al fin notado el mal humor de Alba, buscaba la causa de él donde había adivinado hacía tiempo que estaba el corazón de la joven, ni tampoco en la actitud de la señora Maitland, cuyas pupilas lanzaban á veces luminosos rayos de una perfidia igual á la dulzura de su hermano. Dorsenne cogió á este último por el brazo, diciendo en voz alta:

—Querría ver qué impresión le causa á usted un retrato que he visto en la otra pieza, mi querido Chaprón.

Después, cuando estuvieron ambos ante un lienzo cualquiera que había servido de pretexto para el caso, continuó en voz baja:

—He recibido esta mañana una extraña noticia. Imagine usted que Boleslas Gorka está en Roma sin que su mujer lo sepa.

—Es bien extraño, en efecto—respondió el cuñado de Maitland, que añadió resueltamente después de un instante de silencio.—¿Está usted cierto?

—Tan cierto como de que estamos aquí—dijo Dorsenne.—Uno de mis amigos, el Marqués de Montfanón, le ha encontrado esta mañana.

Hubo un nuevo silencio entre los interlocutores, du-

rante el cual Julián sintió que el brazo sobre el que apoyaba el suyo, temblaba.

Después volvieron al lado de los otros, mientras Florent decía en voz alta:

—Es un excelente cuadro, que, por desgracia, está barnizado con exageración.

—¡He hecho bien!— pensó Julián.—Me ha comprendido!.....



III

Boleslas Gorka.

No habían pasado diez minutos desde que Dorsenne había hablado á Florent Chaprón, y ya el imprudente escritor comenzaba á preguntarse si no hubiera sido más razonable no mezclarse ni de cerca ni de lejos á una aventura en la que su intervención era inútil cuando menos.

Aquella aprensión de un drama inmediato, que le había hecho perder el juicio, primero en seguida de su conversación con Montfanón, y después de una manera más intensa al ver la ignorancia en que estaba la señora de Gorka del regreso de su marido; aquella terrible é irresistible evocación de un cuarto clandestino lleno de sangre repentinamente, iba á desvanecerse por el más sencillo de los acontecimientos.

Los seis visitantes cambiaban sus últimas impresiones sobre la melancolía y los esplendores del palacio Castagna, y acababan de bajar la vasta y esbelta esca-